

NOTAS

REPLANTEAMIENTOS NECESARIOS

Por el Dr. Hugo Lindo.

*Doctor en derecho de la Universidad de El Salvador
Poeta, escritor y diplomático. Ha publicado Guaro y Cham-
paña, (cuentos); El Libro de Horas (poesía), Sinfonía del
Límite (poemas); Poemas Eucarísticos (poesía); El Anzuelo
de Dios (novela). Antología del Cuento Centroamericano. Ac-
tualmente desempeña el cargo de Embajador de El Salvador en
Bogotá, Colombia*

I.—SENTIDO ACTUAL DEL CRIOLLISMO.

A veces nos vemos forzados a replantearnos en voz alta y públicamente—que no es otra cosa el escribir para periódicos y revistas—una serie de problemas que ya creíamos resueltos en nuestro mundo interior, y sobre los cuales casi nos parecía ocioso volver.

¿Cuándo y por qué nos atropella esta necesidad de revisarlo todo, y hasta de rehacerlo todo?... ¡Quién sabe! Muy vagamente diríamos que durante las épocas de crisis personal. Mas no intentaremos aprehenderlas ni definir las. ¡Se dan en cada uno de tan diferentes maneras! ¡Y hasta en uno mismo, por razones de salud, de edad, de preocupaciones o lecturas! En todo caso, esos períodos críticos suelen sernos de utilidad. Son como las grandes pruebas del destino, que nos colocan ante la disyuntiva de hundirnos o crecer.

Y cuando llega el instante, uno se presenta desnudo en la arena. No sabe nada. No cree en nada. Pide el testimonio simple de las cosas elementales y obvias, el auxilio de lo inmediato, el buen sentido primitivo y tautológico del Marqués de la Palisse y de su semejante Perogrullo. Es lo que hace Descartes reconstruyendo el Universo desde la única constancia irrefutable: la conciencia del propio ser.

No extrañe, pues, el que ahora tornemos sobre problemas conocidos, con afirmaciones y argumentos que también lo son—y de sobra—, para arribar por nuestro propio camino a conclusiones que ya no son las mismas, o porque han cambiado sustancialmente, o porque se presentan con diferencias de matiz.

Hay para el hombre de letras—y para el artista en general—un auténtico drama inmerso en los conceptos de fidelidad al medio, de fidelidad a sí mismo, de temporabilidad e intemporalidad, de localismo y universalidad. Entre ellos se debate y con ellos lucha. Por algún tiempo considera haber resuelto la ecuación; pero un día amanece nuevamente con las preguntas en el alma, y ya no encuentra sosiego si no las encata con la plenitud de sus potencias.

Y no es cosa sólo de teorizar. Si el escritor hace teoría, si cavila y se reconcome en las esferas especulativas, es porque necesita justificar—al menos ante sí mismo—sus caminos. O porque necesita descubrirlos. Saber qué persigue y por qué medios. De ahí que todos escriban alguna vez, cuartillas de indagación estética, así sea para guardarlas como un mapa de uso personal.

De extremo a extremo de Latinoamérica ha circulado y circula una polémica, a veces tácita y con frecuencia explícita. ¿Letras americanas? ¿Letras europeizantes?... ¿Afincados en el terruño o con los ojos en la lejanía?... ¿Hijos de nuestra patria, con su circunstancia actual, o hijos de una idea abstracta, estética, inasible?... ¡Oh, hay muchas maneras de presentar el asunto! Y el lector desprevenido estaría tentado a dar una respuesta fácil, sin advertir quizá que ella le viene sugeida en la pregunta misma, en la forma en que la alternativa se coloca en la bandeja.

Pero no vamos a hacer tal cosa.

Dejando al margen de nuestras indagaciones el fenómeno de la poesía, sobre el cual hemos escrito ya algún trabajo específico, y refiriéndonos más directamente a la narrativa de América—novela y cuento—, sin perjuicio de que mucho de lo que se afirme resulte aplicable al ensayo, vamos, cartesianamente, a empezar por el principio.

¿Para qué escribe el escritor?... ¡Vamos! Escribe para que lo lean. El escritor, el artista, es un ser con hambre de comunicación, porque es de la esencia de la belleza y del arte ese maravilloso desprendimiento que convida a compartir el júbilo o el dolor, a participar del milagro. No escribimos para las polillas de los anaqueles ni los ratones de las bodegas. Por eso, y no porque consideremos geniales nuestras obras, andamos los hombres de letras con nuestros papeles bajo el brazo, importunando a los editores y a los críticos. Deseamos, queremos, necesitamos sentir que nuestra palabra llega a otros oídos, para su solaz o su tortura; saber que el puente que construimos, no tiene un extremo clavado en el vacío... Esto no niega nuestra vanidad. Acaso la asevera. Porque vanidosos, somos, y nos conviene serlo en

alguna medida, que otra cosa significaría lo peor: falta de fe en nuestro ministerio, vacilación pueril, flojedad de ánimo. Aquí la vanidad opera como un motor, sin cuya existencia la historia de la cultura universal habría tenido que privarse de ingentes e indiscutibles tesoros.

Mas si escribimos para comunicarnos—y esto es lo fundamental—se nos impone la necesidad de un lenguaje. De un conjunto de símbolos creados precisamente para eso. Y no podréis recibir mi comunicación si yo creo un lenguaje para mi uso privado, o me expreso en el casi legendario sánscrito, o en la lengua de los etruscos. . . Ya los lingüistas, de Karl Vössler en adelante—y sin duda lingüistas anteriores—se han referido al valor simbólico y comunicativo del lenguaje. El escritor puede crear su neologismo: está bien. Es lo excepcional. Pero escribe en un idioma determinado: inglés, francés, alemán. Y este idioma no es creación personal suya. Es un producto social. Tiene el soporte de la historia, el condicionamiento de la psicología de los pueblos, la aplicabilidad a las realidades de orden telúrico o de índole técnica, etc., etc. Nosotros, los latinoamericanos, escribimos en español, en portugués y en francés. Ello nos permite, de una manera espontánea, reflejar el espíritu de nuestras nacionalidades, pues dicho espíritu se halla imbíbido en los valores idiomáticos.

Ahora bien: el castellano—que es en Latinoamérica el idioma de mayor difusión y aquél en que se expresa el autor de estas líneas—no se ha conservado puro y homogéneo en los distintos países de nuestro continente. En unas partes recibió incidencias de unas lenguas indígenas; en otras partes, de otras. Acá se llenó de anglicismos; allá de galicismos. En tal país, más o menos aislado, conservó ciertos matices que ahora nos resultan arcaicos. Crecieron localismos y germanías. El hampa y los bajos fondos crearon en cada territorio un “argot” diferente, y todo esto, enriqueciendo sin duda el idioma con términos de sin par expresividad, contribuyó, por otra parte, al distanciamiento idiomático de las gentes americanas.

Las distintas formas y los diferentes grados de estética criollista, nativista o localista, si bien implican un positivo acercamiento a las fuentes vitales de la verdad y la belleza—es decir, al pueblo, jamás ausente de las obras de gran jerarquía—hicieron, por otro lado, que no nos entendiéramos los unos a los otros, porque estábamos hablando idiomas diferentes.

Quien escribe estas líneas no se declara enemigo de la expresión criollista. Sólo pretende hacer, sintéticamente, un balance de sus virtu-

des y defectos, y acaso un juicio personalísimo sobre su oportunidad o impertinencia. Y todo, dentro de la mayor objetividad que alcanzar pueda.

De hecho, el criollismo literario se presentó en América como una reacción—en obediencia a irrefragables leyes sociológicas—contra una literatura “de escritorio”, artificiosa, engolada, mera repetidora de modelos cultos que eran en sí infinitamente más jugosos que los frutos de los epígonos, la cual literatura inundó la producción del siglo XIX.

Es en las postrimerías de esa centuria y en los albores de la presente, cuando hacen su aparición los autores y las obras de tipo criollista, un tanto bajo los impulsos renovadores del modernismo.

Comprendió el escritor que ya no tenía sentido continuar pulsando la misma nota de la misma cuerda europeizante. La monotonía llevábalo a la esterilidad. Como en el viejo mito de Anteo, advirtió que para recobrar fuerzas y conquistar sentido, tenía que caer a la tierra, a la tierra suya, verdadera, incorporada por la experiencia cotidiana, hecha propia por la respiración y el alimento, en la lucha, en el éxito, en la desventura.

Y entonces abrevó en las fuentes de la realidad circundante. Empezó por preguntar al paisaje, e inventariar sus árboles, sus ríos, sus pájaros, sus flores, sus estribaciones y llanuras. Fue a los comienzos un tanto fotográfico o topográfico. Pero todo aquel escenario, árido o ampuloso, no era por sí sólo suficiente. En él debían moverse los personajes de la historia, y tales personajes no eran ya las figuras abstractas o idealizadas de una época romántica, ni los príncipes orientales de inagotables riquezas y poderes que aparecían en los cuentos de los abuelos. Quienes debían ocupar el tablado americano eran los hombres americanos, y ellos no habían sido descubiertos.

En este punto, se impuso una vez más el poder creador del Verbo, ése de que hablan el Popol-Vuh y la Biblia, los Vedas y todos los documentos de la antigua sabiduría. A ese hombre, a ese hombre americano, todavía no descubierto, sólo se podía llegar por una vía: la de su idioma. Porque en su modo de hablar estaba su modo de ser. En él se contenían los apetitos primitivos y los anhelos superiores. Por el vocablo, su estructura y su entonación, era posible hurgar el cubil de la bestia y visitar los altares del dios. Y el Verbo creó.

Creó nuevas modalidades. No sólo formales, sino intrínsecas. De lo aparentemente externo—la manera de decir—se ahondó hasta llegar a las motivaciones psicológicas, las estructuras de un subconsciente colectivo, la indagación de múltiples factores que condicionaban la

conducta del hombre de esta zona o de aquella otra. Y este fue el aporte de mayor valía que nos dieron las fórmulas del criollismo. Algo así como un grito de independencia. O como un acto de introspección de orden colectivo, en el cual buscasen las colectividades nuestras, su propia sustancia telúrica y humana. Mas como el paisaje es en América más rico, variado y poderoso que la realidad psicológica, nuestra atención incidió más sobre él que sobre el hombre, al menos a los inicios. El hombre ha sido la última conquista. Una conquista aun en camino de realización.

Demos ahora un paso atrás. La indagación del Ser por el Verbo, no podía limitarse a una simple incorporación de signos, fonemas y modos adverbiales. Tenía que ir más a fondo. Debía liberarse del temor a la palabra ruda, al concepto procaz, a la incorrecta locución. Y, al atreverse, introdujo deformaciones tanto lingüísticas cuanto espirituales. Sometió a graffías más o menos caprichosas, las modalidades de pronunciación. Però éstas se hallaban circunscritas a determinados territorios, y en otros se tornaban punto menos que incomprensibles. De ahí vino la limitación geográfica. Un exagerado criollismo mexicano no era entendido en Chile, ni el chileno en Cuba, ni en Argentina el cubano o venezolano. De donde la búsqueda de América y su realidad, llevó a la incomprensión de la realidad americana entre los diversos pueblos del continente. Y, por arte de paradoja, lo más nuestro se nos volvió ajeno. La falta de continencia con que nos dimos a la tarea —explicable y aun necesaria porque era producto de una reacción y de una necesidad impostergable— limitó la voz del escritor al reducir el ámbito geográfico de su vigencia.

El escritor se encontró con que el número de sus lectores se hallaba circunscrito a las fronteras nacionales y, a lo sumo, al grupo de eruditos especialistas que en otros países preocupábanse por el conocimiento de una cultura americana más integral. Este fenómeno cuantitativo, tiene una importancia muchísimo mayor que la puramente estadística, porque afecta a la comunicación misma. Si es la comunicación lo que el autor persigue, a sabiendas o por instinto, su propósito sustancial quedaba, si no invalidado, sí ceceado en gran medida. A pocos lectores, menor interés de las editoriales. A menor interés de las editoriales, producción o más escasa o menos eficaz. Círculo vicioso. Imposibilidad de trascender al mundo metidos en la trastienda aldeana.

Naturalmente, el asunto no se presenta con iguales características para todos los pueblos. Los Estados Unidos, con ciento cincuenta millones de habitantes, pueden darse el lujo de un criollismo o nacionalismo o regionalismo literario a lo William Faulkner, y aun el de

universalizarlo. Hay suficientes lectores en el gran país del norte, como para que las editoriales impriman las obras y les den una difusión continental y extracontinental que asegure la comunicación perseguida. Fenómeno industrial o económico, se dirá; pero indiscutiblemente vinculado con el de la creación artística, pues la editorial es el tercer elemento de la relación entre el autor y su público. Se integra así un amplio trinomio, escritor-editor-lector, que vitaliza y justifica la tendencia.

Mas, ¿ocurre lo mismo en los países latinoamericanos?... Los de mayor población y cultura, alcanzan, en alguna medida, a constituir un mercado, y por tanto un aliciente, para la obra de esta naturaleza. México, Argentina, Cuba, Chile. Empero, ya la novela o el cuento criollista de estos países, salvo que tenga una especialísima categoría, no logra rebasar las fronteras nacionales. Se halla limitado más por su forma que por su fondo. El lenguaje, eficaz para el propio territorio, se convierte en esotérico al cruzar el umbral doméstico.

Sin embargo, aun en estos países nótase una nueva reacción generacional. Los escritores jóvenes persiguen un diálogo más compartido, más amplio, más ecuménico. Por análisis o por intuición, han comprendido que el criollismo formal—el idiomático, sobre todo—se constituye a la postre en un obstáculo. Quizá—nos atrevemos a pensar—porque ya cumplió la mayor parte de su ciclo histórico, desde que hace posible el conocimiento del ambiente, del hombre, del paisaje, de la historia y de la vida americanos.

En el segundo Encuentro de Escritores, realizado en Chillán bajo el patrocinio de la Universidad de Concepción, Chile, uno de los nuevos y brillantes cuentistas chilenos, Claudio Giacóni, refiriéndose a su propia generación, expresó: *“Debo decir, en primera instancia, que éramos ajenos a la expresión de una chilenidad de utilería, o de giros del tenor siguiente: “L’escopeta está cargá, allí en la risquera. ¿Te quean piedras pa l’honda?”. Esto, para nosotros, no era lo chileno, era simplemente hablar mal”*.

Sí y no. Acompañamos a Giacóni en la oportunidad del concepto. No en el concepto mismo. Porque creemos haber demostrado que en un comienzo tales excesos fueron necesarios de toda necesidad. Su destino era el autoconocimiento por el autoanálisis. No obstante, el tiempo corrido, los gustos generales modificados y las resultas limitadoras del criollismo, a la vista, es más que natural que las nuevas promociones busquen rutas de mayor universalidad.

Ahora, ¿qué decir del criollismo en países tan pequeños como los de Centroamérica, y en particular tan chicos como El Salvador?

Nuestro homenaje sin reservas a don Arturo Ambrogi y a Salarrué. El primero, desbrozó las malezas que impedían el acceso a nuestra íntima realidad. Fue minucioso y certero. Salarrué dio mayor colorido a nuestra sustancia, empleando recursos cuasi pictóricos: equilibrio de masas, claroscuros, composición mucho más completa que la de Ambrogi. Nuestro homenaje también a quienes siguieron las vertientes del uno o del otro, contribuyendo con su aporte a la plenitud del proceso. Al César, pues, lo que es del César. Mas enfoquemos la cosa desde otro ángulo, por cuanto estas líneas se escriben en el año de gracia de 1959.

No queremos hacer estadísticas. Pero es obvio que los modismos y localismos salvadoreños tienen un escasísimo ámbito de 21.000 kilómetros cuadrados; que en línea recta sólo pueden viajar, de occidente a poniente, a lo sumo 250 kilómetros, y de norte a sur, menos de ciento veinte. Porque ya en Guatemala y en Honduras no se emplean los mismos giros y vocablos. De nuestra población, de casi dos millones y medio de habitantes, tenemos que descontar primero a los analfabetos —y el índice es todavía dolorosamente alto, a pesar de los grandes progresos realizados—; luego, a los llamados semi-analfabetos, gentes que en los cuadros censales aparecen como aptos para leer y escribir, pero que lo hacen en forma harto precaria; *item más*, a los que leen mecánicamente, sin captar el contenido de lo escrito. . . Con todos estos descuentos, nos queda un saldo favorable de gente que sí sabe leer. Pero aún ahí tenemos que hacer poda. ¿Cuántos, de entre ellos, tiene el hábito de hacerlo? Y de entre quienes sí lo tienen, ¿cuántos acostumbran leer *obras literarias*? Sabido es que somos nosotros más afechos a la literatura pragmática: la científica, la técnica, la que puede traducirse, a la corta o a la larga, en un mejoramiento de nuestras condiciones de lucha económica. Cosa natural en un país superpoblado en donde la competencia obliga a grandes esfuerzos.

Si se pudiera hacer el empadronamiento preciso de *los que leen en El Salvador obras literarias*, aun cuando se incluyera entre ellos a los abundantes lectores que tienen prejuicio contra todo lo nacional y que, en consecuencia, “no pierden su tiempo” con lo que nosotros producimos, nos daríamos cuenta de que la literatura criollista o nativista o como quiera llamársele, no es planta para nuestro suelo. No tiene lectores. No comunica. Jamás nos llevará a planos de gran literatura, de conocimiento, de respeto y de admiración internacionales. Es sólo para consumo interno, y en pequeñas dosis. . .

De una manera natural, sin aspavientos ni violencias, pareciera que nuestros escritores han reconocido el fenómeno. Es, simplemente, un hecho. El propio Salarrué nos ha dado excelentes narraciones no

criollistas. Claudia Lais ha escrito, en lenguaje límpido y perfectamente inteligible en cualquier parte, su *Tierra de infancia*; Rolando Velásquez, Walter Béneke, Waldo Chávez Velasco, tantos otros jóvenes de talento que no alcanzan a ser consignados aquí, no sólo se han atrevido a romper con el criollismo idiomático, sino que han ido más lejos, a la búsqueda de temas de mayor amplitud humana. ¿Hay, con esto, desprecio al terruño y a sus gentes? . . . A mi parecer, no. Porque con voluntad específica o sin tal voluntad, el escritor es lo que su medio le ha otorgado en cuanto a vivencia y a cultura. Para ser salvadoreño de verdad, no hace falta expresarse con las imperfecciones populares ni alardear de la incultura de algunos sectores, que los hay en todas partes del mundo. Se es, simplemente, por razón de nacimiento, de familia, de educación, de contactos humanos, de intereses; sin esfuerzo alguno. Y eso trasciende a las letras.

Porque si el criollismo ha tenido su momento, y aun puede reconocerse en él la virtud de una toma de contacto con la realidad, también implica el peligro de encerrarse y de cerrarse. El arte no tiene patria, y un criollismo bien entendido, busca en lo nacional lo que es universal, lo capaz de llegar al entendimiento y al corazón de todos los hombres. Lo cual, como se ha asentado, no es sino el requerimiento básico de la vocación artística: el hambre de comunicación, el mensaje de acercamiento entre los hombres.

Quedan hasta ahora pendientes muchos problemas. Pues que la idea de universalidad puede llevarnos también demasiado lejos, y hacer que otra vez, como en la época romántica, nos desentendamos del pan que comemos, del aire que respiramos, del agua que bebemos, y nos dé la manía de construir "entelequias" sin plinto y sin sangre. Porque a la postre un escritor es hijo de su tierra y de su tiempo, y los desertores no han sido nunca los héroes. ¿Qué límites podrían trazarse entre la universalidad y la deserción? ¿Y hasta qué punto esos límites que el teórico especula, no intentarían contra la libertad creadora del artista, ley suprema de su ministerio? Trataremos de dilucidarlo en otro artículo.

Santiago de Chile, abril de 1959.